

LA COFRADÍA INNOMINADA

Artículo de D. Francisco Javier Díez de Revenga, Mayordomo de Jesús, que publicó en el diario La Verdad el 31 de Marzo de 2007 y en que se trasluce claramente el patrimonio inmaterial, diría que espiritual, que sustenta “La Mañana de Salzillo”. Autorizado por su autor transcribo íntegro su contenido.

“Cuando se acercan las fechas de Semana Santa, es de suponer que a muchos murcianos de corazón les vengán a la memoria sus recuerdos infantiles, juveniles, de su Semana Santa. Es lógico que así sea. Hoy me piden un artículo sobre la Semana Santa de la ciudad de Murcia, en mi condición de pregonero de hace ya muchos años. Desde luego, quiero en estas breves líneas regresar al pasado. La vivencia del pasado y de la historia nos hace más humanos, más personas en definitiva. Justamente la Historia está considerada la rama principal de las Humanidades y, si así se llaman, por algo será. Y sobre todo si es la historia personal, la historia propia de cada uno.

Estoy seguro de que son muchos, miles, los nazarenos murcianos que volverán a recordar en estos días aquellas vivencias personales que enriquecieron su infancia y su juventud en relación con la Semana Santa y las procesiones. Yo tengo que hablar, lo siento de veras, de la cofradía que mejor conozco, la de Jesús, y soy testigo de haber visto año tras año a muchos hombres y mujeres estremecerse en la mañana de Viernes Santo ante la salida de la procesión de la Iglesia de Jesús, con todos los salzillos ya en la calle, con esas luces increíbles, con esa temperatura especial, ni frío ni calor, con ese aire de madrugada, al que se une el aroma de las flores de los pasos, o ese aroma especial que se percibe en la mañana de Viernes Santo dentro de la iglesia, debido a la provisión de frutos naturales del paso de la Cena.

Para mí es el momento más eterno, momento efímero, pero eterno, de toda la Semana Santa, y de toda la procesión, y de todo el Viernes Santo completo. La madrugada en la puerta de la Iglesia de Jesús, espacio y tiempo al que concurren muchos murcianos y muchas murcianas, junto a los nazarenos que se disponen a formar el cortejo, por tradición, sin pertenecer a ninguna cofradía, sin pagar ninguna cuota, sino simplemente por revivir hasta que la muerte llegue, la experiencia única de ver salir la procesión de Viernes Santo. Mi abuelo Emilio llamó a estos murcianos, entre los cuales se encontraban y encuentran gentes muy ilustres de nuestra ciudad, la “cofradía innominada”. Creo que fue lo mejor que escribió mi abuelo, y por ese artículo nada más merece permanente memoria. Sobre todo porque él no fue capaz de saber que un siglo después de haber escrito su artículo, la “Cofradía innominada” se sigue reuniendo, cada Viernes Santo, en la puerta de la Iglesia de Jesús para ver salir los pasos, milagro reiterado generación tras generación. Y él también se refería a algo que duele. Los que faltan a la cita cada año. Aquellos que, sin tener una sola ausencia en su curriculum, un Viernes Santo ya no acuden porque no son de este mundo, y, quizá, porque están viendo la salida de la procesión desde la otra ladera, sentados con otros muchos murcianos de generaciones anteriores, que, desde el siglo XVIII, se han emocionado ante esta luz, ante los sonidos seculares de bocinas y marchas, ante estos morados, ante este albor matinal que hace que los pasos reluzcan más que nunca y, tenuemente, muestren su mejor policromía.

Hace muchos años, un benemérito médico murciano y secretario de la Cofradía, don Jesús Quesada, escribió un precioso artículo titulado: Alguien falta a la cita. Se estaba

refiriendo al viejo Pepe Carrión, padre del los Carriones e imprescindible, como todos ellos, en la historia de la Cofradía. Alguien falta a la cita: ese título se me quedó grabado en la memoria (yo tendría entonces ocho o diez años). Y cada Viernes Santo repito íntimamente: “Alguien falta a la cita...”. Y, como otros muchos, recuerdo, sobrecogido, a aquellos que este año no han estado allí, y ya no vendrán nunca más a ver salir la Procesión de Viernes Santo de Murcia.

Felices aquellos que pueden repetir cada año, una vez más, la experiencia única de vivir y sentir a Salzillo, y a Nuestro Nazareno, avanzar por las calles recién amanecidas de la ciudad. Felices aquellos que supieron captar con su pluma ese momento estremecedor (Emilio Díez de Revenga, Jaime Campmany... y tantos otros). Hoy los envidio, cuando intento, con estas palabras mías, hacerte llegar a ti, lector, esta experiencia secular, que, con seguridad, tú también sentirás en tu procesión, en tu cofradía, o conmigo, en mi procesión y en mi cofradía. Momentos indelebles que nos hacen más humanos, más personas, en estos años de tormentas.”